



De la importancia de la vida

María Eugenia, Domingo 28 de Diciembre 1879

En este tiempo no se puede hablar más que de los misterios de Navidad. Siento el deseo de recomendaros que cuando vais a adorar al Niño Jesús en el pesebre, consideréis siempre, a menudo al menos, que este niño es el Eterno, el Todopoderoso, que el que está ahí tan pequeño, tan humillado es el Rey inmortal de los siglos; que lo era mucho antes de que existiéramos y que lo seguirá siendo, cuando nuestra corta existencia se haya terminado

Esto es un escándalo para los incrédulos. No pueden creer en absoluto que el Dios todo poderoso , el Eterno, el Creador del cielo y de la tierra, el que es primer principio y último fin de todas las cosas se haya dignado bajar a un pesebre, unirse a una naturaleza humana, experimentar todas las miserias de una vida, tal como la ha escogido entre los hombres, es decir, la vida más humilde, más baja, más despreciada. Si Dios hubiese aparecido en la tierra con una potencia majestad, tal como los judíos la soñaban para el Mesías, si hubiese tendido los triunfos y las ilusiones que rodearán al Antecristo, quizá aceptarían que tuviese algo de divino. Pero este Dios en la pobreza, en la pequeñez, en la debilidad de un niño es lo que no comprenden.

Nosotras, hermanas, que lo sabemos, ¡cuántas conclusiones tenemos que sacar! Si Dios ha estimado siempre tanto la existencia del hombre, que importancia debemos de dar siempre también a nuestra vida y cada uno de sus instantes, puesto que ha tenido tanto valor a los ojos de Dios, que la ha pagado con la sangre de su Hijo y este Hijo se ha rebajado a un estado de servicio y de inferioridad por cada uno de nosotros .

Una criatura humana que piensa, que vive, que ama es de seguro algo importante, incluso a los ojos de los demás hombres. Observad con qué ardor estudian los hombres las otras existencias humanas. ¿Qué es lo que llena la ficción, el teatro, la conversación, la historia? Siempre es alguna existencia humana que, en sus peripecias, sus dificultades, sus goces, se sale de lo corriente y presenta mayor interés. Ahora bien, todas las existencias humanas, incluso las mas pequeñas, la más oscuras, las más despreciables tienen una suma de

emociones, de pensamientos, de sufrimientos, de alegrías, de algo, en fin, que podría atraer la mirada del hombre, si las conociese bien.

El hombre no se para en ellas, porque no ve más que lo vulgar, pero Dios que ha creado la naturaleza humana y la ha hecho a su imagen, ama esta obra de sus manos. No es necesario para atraer su mirada y su amor que la criatura esté dotada de belleza, de inteligencia, de grandeza, de todo lo que interesa a la ficción y cautiva la atención del hombre. La existencia más humilde, mas oscura, mas despreciable, tiene para El un interés profundo, sigue todos sus movimientos, observa todas sus fases. El es el amigo que conoce nuestras alegrías y nuestros dolores y que comprende todas nuestras emociones. Si los hombres pueden emocionarse, hasta derramar lágrimas, ante los sufrimientos de otra criatura, ¿qué no sentirá Dios, que es nuestro Padre y nuestro Creador, que nos sigue a cada uno con tanto amor?

Este interés tan grande, este amor tan profundo crece todavía, cuando del orden natural pasamos al sobrenatural; porque desde el principio, Dios ha añadido, a todos los dones de la vida humana, una vida sobrenatural, en la que la criatura puede elevarse a la intimidad con Dios. Después declara Adán la naturaleza, Dios le otorgó la gracia. Desde entonces el hombre está capacitado para ser hijo de Dios, para poseer a Dios, para vivir con Dios, para llegar un día, cuando la falta sea reparada, a ver a Dios cara a cara, como cada una de nosotras lo desea .

Quisiera, hermanas, que dieseis a vuestra vida natural y sobre todo a la sobrenatural una parte de la importancia con que Dios la honra. Digo “una parte”, y esto quizá os parezca extraño.

No hay ni una sola criatura, incluso entre los Santos, que haya dado a su vida tanta importancia, como Dios le da. Dios tiene una mirada constante, continua sobre cada una de vosotras y ve todo lo que está viviendo en lo íntimo de vuestro ser, en vuestra voluntad, en vuestro espíritu; todos los instantes de vuestra vida tienen precio a sus ojos.

Al ver a Nuestro Señor comenzar su vida en la tierra, es preciso volver sobre si misma y decirse: “Dios tiene sus designios sobre mi vida interior, sobrenatural, sobre todos los pensamientos de mi espíritu, sobre todas las pulsaciones de mi corazón, sobre todos los acontecimientos por donde paso. Los consejos que he recibido, las instrucciones que he oído, las oraciones que ha hecho, las comuniones que he recibido, todo tiene tanta importancia a los ojos de Dios, que por eso ha venido. Éramos hijos de perdición y pará darnos, llenarnos de la vida divina es para lo que Nuestro Señor está en el pesebre: “He venido, dice, para que tengan vida y que la tengan con abundancia”. Pero durante toda mi vida, que poca atención he prestado a todos estos misterios de su amor para mí. ¡Cuántas distracciones ¡ ¿He sido siempre la que corresponde a Dios, la que tiende a Dios la mano para caminar con El, y dejarse conducir por El?

Esa es nuestra historia, hermanas . Es verdad que desde por la mañana decimos a Dios: “Dios mío, habéis caminado delante de mí, para mostrarme el camino; mi pensamiento os seguirá siempre, mi corazón os amará, mi voluntad os obedecerá. A cada instante me volveré hacia vos, y será para repetir os mi amor, mi sumisión . No, la sumisión no es bastante, haré

vuestra voluntad como los Ángeles y los Santos la hacen en el cielo, con alegría, con ardor, con fidelidad, con un grandísimo deseo de ser vuestra y de seguiros”. ¿Quién de entre nosotras puede asegurar que ha realizado este programa? ¿Quién puede decirse que ha recibido todas las gracias, que ha santificado todos los instantes que ha recibido todas las luces y practicado todas las virtudes ?.

Pues bien, hermanas, si no lo hemos hecho, volvamos a empezar nuestra vida, diciendo : “Dios da tanta importancia a todo lo mío, que se entrega de nuevo por mí, que repite el misterio adorable y admirable en que se hace niño: yo quiero renovar mi vida, hacerme niña con El, dejar todo lo que queda detrás de mí, dejar todo lo negativo, las preocupaciones, las distracciones, todas las cosas en las que hasta ahora he malgastado mi vida.

“No seré yo quien pase el tiempo enterándome de lo que la novela y la poesía cuentan de la vida de una criatura; si quiero conocer la vida de una criatura, será la vida de los Santos, de la Santísima Virgen, de los amigos de Dios, de los que le han servido con más perfección, para que me enseñen a servirle. No seré yo la que se quede en las cosas inferiores, empezaré una vida, a la que daré tanta importancia como se la da Dios.

“Trataré de no dejar a Dios y, puesto que tiene siempre sobre mí su mirada, levantaré la mía hacia Él lo más a menudo posible. Aprovechando todo lo que El dispone, no considerando ya de una manera humana no las contradicciones ni las pruebas ni los diversos acontecimientos de los que se compone la vida, daré a Dios la mano y le seguiré a todas partes para que por su cruz y su pasión, como lo decimos tres veces al día, llegue a la eternidad bienaventurada.